

III Congreso Etnográfico del Campo de Cartagena. Crónica de las jornadas

Organizado por la Asociación Cultural Liga Rural del Campo de Cartagena, bajo la coordinación de José Sánchez Conesa, y en colaboración con la Universidad Politécnica de Cartagena (UPCT) y la UNED, se han celebrado durante los días 24, 25 y 26 de octubre de 2012, en el Salón de Grados de la Facultad de Ciencias de la Empresa, el antiguo Centro de Instrucción de Marinería (CIM) situado en el puerto, las sesiones del III CONGRESO ETNOGRÁFICO DEL CAMPO DE CARTAGENA. Si en el primer Congreso, celebrado en 2003 en la Facultad de Agrónomos de la UPCT, los temas a tratar redundaron sobre historia, los restos materiales, la sociedad y la cultura, y el segundo, celebrado en 2007 en colaboración con el Ayuntamiento de Torre Pacheco, estuvo dedicado a la etnoarqueología del agua, en esta tercera ocasión ha estado dedicado a la Religiosidad Popular en el Campo de Cartagena, con una atención especial al hoy ruinoso Monasterio de San Ginés de la Jara, que languidece abandonado al pie del Monte Miral dejado a su progresiva e inmisericorde ruina. De todo ello se ha hablado y de otras muchas cosas, más o menos relacionadas. La religiosidad popular es, en palabras del profesor Antonino González Blanco, «un lenguaje, el arte de hablar con Dios», y a la hora de hablar con Dios hay muchas formas de expresión, siendo múltiples los caminos para acceder a la divinidad.

Han sido tres intensas jornadas en las que los numerosos participantes han ido exponiendo sus trabajos, opiniones e investigaciones, a una concurrencia interesada que ha ido yendo y viniendo a la búsqueda de aquellos ponentes o trabajos que les han sido más atrayentes o desconocidos. Antropólogos, historiadores, profesores, o simplemente aficionados a la etnografía, han aportado sus estudios y trabajos de campo, clausurándose éste en la tarde del tercer día, en un

acto celebrado en la sede de la UNED, en el que se rindió un caluroso homenaje a ocho pioneros en el campo de la etnografía, que recibieron como obsequio una litografía reproduciendo una acuarela con una bonita visión del Monasterio de San Ginés de la Jara, obra original del pintor y miembro del equipo organizador Javier Lorente.

El Congreso fue abierto por su presidente, Francisco Henares Díaz, que destacó la gran cantidad de ponencias presentadas y las dificultades que muchos de los estudiosos tienen que solventar, manifestando que «a los investigadores etnográficos, como a los santos, habría que subirlos a un pedestal». Seguidamente y después de unas palabras del Vicerrector de la UPCT Francisco Martínez, dio paso al primer ponente, el antropólogo Luis Álvarez Munárriz, catedrático de Antropología Social de la Universidad de Murcia, que comenzó su exposición comentando que la mejor definición de la antropología, vulgarizando el término, sería decir que es «el arte del marujeo y el chismorre». A lo largo de su exposición habló, entre otras cosas, sobre el sentimiento ante la muerte, definiendo el velatorio y la misa funeral como actos sociales que siguen bebiendo de la tradición popular al cien por cien.

Habló también, para entender la religiosidad popular, sobre el dogma oficial de la creación del mundo, el Big Bang, y de la evolución de las especies como teoría científica del origen del mundo sin intervención divina, de cómo el mundo científico intenta explicar el origen de la vida desde el punto de vista de la Física, analizando los átomos; desde la Biología, con el estudio de los genes; y desde la Informática, mediante la aplicación de los bits. Pero al final hay siempre una pregunta que queda sin respuesta: ¿Por qué aparecen nuevas especies?

Frente a los que niegan el creacionismo, las mutaciones y la evolución de las especies no pueden justificar la aparición del hombre. Es entonces, al preguntarnos quienes somos, de dónde venimos y a dónde vamos, cuando volvemos a la religiosidad popular, como una necesidad de encontrar explicación a lo que la ciencia no puede explicar por completo.

Los cambios de población sufridos por el Campo de Cartagena en los últimos tres siglos fue otro de los temas expuestos, ya que han supuesto cambios en las costumbres y forma de sentir la religiosidad. Según este estudio ha habido tres grandes oleadas de inmigración hacia la comarca, la primera en el siglo XVIII, coincidiendo con la mayor seguridad en el territorio, libre ya de los ataques de piratas berberiscos que habían azotado el territorio desde siglos antes, la segunda entre 1870 y 1930, coincidiendo con la explotación minera de la Sierra de Cartagena-La Unión, y la tercera desde 1990, compuesta esta última oleada de inmigrantes por norteafricanos, en demanda de mejores condiciones de vida, y residentes jubilados de otros países europeos que se asientan especialmente en

las nuevas urbanizaciones del litoral. Destaca también en estos últimos tiempos la mayor movilidad de los propios residentes de la zona.

Precisamente sobre el tema poblacional fueron presentados en el Congreso dos libros: *Religión y diversidad cultural. Minorías religiosas en la Región de Murcia y Cultura y Religión. Debates sobre minorías religiosas*, resultado estos libros de varios años de estudio y trabajo de campo sobre las distintas comunidades religiosas que coexisten en la Región de Murcia y cuya conclusión, partiendo de la base de que Murcia es eminentemente católica, arroja la sorprendente cifra de 232 comunidades religiosas, muchas de ellas registradas como meras asociaciones culturales. Estas comunidades, entre las que los grupos más numerosos corresponden a mezquitas o comunidades musulmanas (65) y a Iglesias Evangélicas (119) en sus variadas denominaciones, destacando, por curiosa, la existencia en la zona de Torre Pacheco de dos comunidades Sijs de origen hindú, cumplen entre sus fieles unos fines claramente sociales, pero al mismo tiempo pueden ser también motivo de conflictividad.

Del estudio realizado resaltan especialmente dos particularidades. Una de ellas la confirmación de que no todos los magrebíes son practicantes religiosos, pues los 8.170 fieles, que las propias comunidades musulmanas reconocen que asisten habitualmente a sus mezquitas, son solo una pequeña parte de la población total de teóricos musulmanes residentes en la región. La otra particularidad, tal vez la más importante, es que actualmente el 15% de la población de la Región de Murcia es de origen extranjero, con la presencia de un total de 125 nacionalidades distintas, dándose el caso de que en algunos núcleos el porcentaje de residentes no españoles llega hasta el 50% de la población total.

Esta situación de gran diversidad cultural y pluralismo religioso, presenta inevitablemente a futuro un cambio cultural general y unos retos a los que habrá que prestar atención. Para los artífices del estudio estos resultados son una bomba de relojería de los que, tanto autoridades de la Comunidad Autónoma como la jerarquía eclesiástica, deberían tomar buena nota. Como camino a seguir y ante la dificultad de una convergencia ritual, que es impensable, parece más factible y aconsejable avanzar hacia una convergencia moral que sirva de punto de unión a todos los credos.

Sobre la tradición devocional a los Santos Médicos, San Cosme y San Damián, que en el Campo de Cartagena encontramos dando nombre a una diputación del municipio Cartagenero y con una ermita en la también Diputación de La Palma, se expusieron diversas curiosidades, como el relato de uno de los milagros atribuidos a estos médicos, que consistió en el trasplante de una pierna al sacristán de una iglesia a ellos dedicada, con la particularidad de que la pierna trasplantada pertenecía a un hombre de raza etíope, por tanto negra, o la circunstancia, milagrosa desde la religiosidad popular, de que en la gran epidemia de gripe que

asoló el Campo de Cartagena, y parte de Europa, en 1819 causando gran mortandad, nadie de la Diputación de los Santos Médicos murió afectado por dicho mal.

De Las Palas, pedanía de Fuente Álamo, emerge la figura de Pepe Egea Esparza, prototipo del hombre autodidacta, hecho a sí mismo, que sin estudios se convierte en el líder indiscutible de sus paisanos, cuya opinión es respetada y tenida en cuenta en cualquier tema que afecte a la comunidad, hasta el punto incluso de aceptar sin rechistar cambios en algunas letras y el sentido de algunos ritos autóctonos con muchos años de tradición.

De la mano del Cronista Oficial de la ciudad minera de La Unión, llega al congreso la masonería, el espiritismo y el misterio de las mesas parlantes en la sociedad unionense de la segunda mitad del siglo XIX. Fenómenos de una ciudad alucinante, tal como la definió el polifacético Asensio Sáez, cuya amalgama de tipos dispares la convirtió en un verdadero laboratorio social.

Se disertó sobre la literatura oral, el saber popular transmitido a través de los textos populares: Autos de Reyes, Autos de Pastores, romances y oraciones. Si en tiempos más antiguos predominaban los cantares de gesta, en los que se narraban las hazañas de un héroe, más tarde se fueron convirtiendo en una épica más popular y de hechos y personajes cotidianos. Los romances eran composiciones cortas, partes de poemas más largos, a modo de estribillo de una canción, que al ser demandada su repetición por los oyentes eran aprendidos de memoria llegando a popularizarse. A partir del siglo XIV los temas se vuelven más jocosos y burlescos.

Estas obras, al ser composiciones para ser escuchadas, podían convertirse en instrumentos de control, bien desde el punto de vista político o patriótico o desde el religioso, derivando entonces a las vidas de santos, Cristo o la Virgen.

Otro aspecto literario de la religiosidad popular son las letras de los vía crucis en el Campo de Cartagena y en la región murciana, entre cuyas letras abundan las composiciones de reconocidos autores murcianos como Cayetano Martínez Tornel o Puig Campillo.

Hasta el fondo de la mina llega la invocación a Dios como ruego y desahogo para las penas, la religiosidad en las coplas y trovos mineros. El minero tiene siempre la vida en vilo y pide a Dios un rinconcito en el cielo: «Cuando bajo a la mina / me encomiendo a Dios divino / pero cuando subo arriba / mi gozo son las mozas y el vino».

De lugares mágicos se habló al citar a la ermita de la Virgen del Pasico, la Virgen de la Piedra pues de tal cosa se trata. El Pasico es un lugar mágico, una hita o punto de confluencia de los antiguos caminos de peregrinación: Cartagena-Orihuela, Murcia-San Ginés de la Jara, donde lugar mágico es también el Monte Miral, antiguo volcán extinguido que sigue ejerciendo su magnetismo a todo aquel que se acerca a su estudio.

Gran debate entre los asistentes supuso el tema de la muerte, tratado por varios de los ponentes. Sus usos y costumbres; las señales de la muerte: el mochuelo, el aullido de un perro; el amortajamiento a cargo de determinados familiares con las ropas que habían vestido en una ocasión especial, generalmente la boda; los velatorios, acontecimientos sociales donde los vecinos ayudan al sustento y organización del funeral, después al bar: «el alboroque»; los velatorios sin cuerpo, desaparecido en guerras o desastres naturales. La viuda no sale a la calle hasta la celebración de la misa de difuntos, días después. La duración del luto podía extenderse hasta dos o tres años, significando cierta contención en las costumbres. Las señales del luto, en los hombres, solía ser una banda negra en el brazo de la chaqueta, un botón forrado de negro en la solapa. Hoy la expresión del dolor se ha vuelto más interior e íntima.

También se ha hablado de cementerios, de los europeos y de los españoles. En los países del Norte de Europa predominan más las tumbas a nivel de suelo, mientras que en los más meridionales abundan nichos y panteones. Unos panteones que también tuvieron sus modas y sus artistas del momento. Llamativos son en los cementerios de Cartagena y La Unión los panteones burgueses, de estilo modernista, erigidos por las familias enriquecidas por la minería de fines del siglo XIX y principios del XX, cuyos diseños fueron encargados a los mejores arquitectos del momento. Hoy se tiende, poco a poco pero cada vez más, a la incineración, a la fusión de los restos con el paisaje y la naturaleza, más árboles y menos mármoles

Llegó el turno a los saludaos (dadores de salud), o sanadores, ejercedores de la medicina popular, personas con gracia nacidas el día de San Juan o en Jueves o Viernes Santo, que curan mediante la saliva, la imposición de manos y el rezo de salmos y letanías. El tratamiento del «aliacán» o «tiricia» (ictericia).

Y también se ha hablado mucho de ermitas, muchas de ellas abandonadas y expoliadas por los amigos de lo ajeno, otras, mejor conservadas, de propiedad particular. De los oratorios que existían en casi todas las casas del Campo de Cartagena. De tradiciones, como los aguilandos, el pavo con pelotas, el palo «nochebueno» a medio quemar en la chimenea que era guardado para el año siguiente.

Los musicólogos han aportado su visión de la música en la liturgia, de antiguo tan solo representada por los cantos gregorianos y las corales polifónicas. Aunque ya Pío XII en 1921 habla de dar entrada en la liturgia a la música popular, no es hasta después del Concilio Vaticano II cuando se produce la eclosión de canciones de todo tipo, al ser vista por la jerarquía eclesiástica la participación de los fieles en los actos religiosos como una verdadera necesidad, aún suponiendo esto una merma en la calidad de la música litúrgica.

Y entramos directamente en el entorno de San Ginés de la Jara, con la evolución del espacio natural al humanizado, las inclemencias del clima, las tremendas sequías del siglo XVIII. Desde el Concejo de Cartagena «se presiona» al Altísimo con el encargo a todas las iglesias y conventos para que hagan misas «hasta que llueva», y en contraposición «el paraíso perdido». La toponimia del entorno de San Ginés según el documento de donación del llamado Cabezo de San Ginés, o Monte Miral, al convento. Un documento hasta la fecha muy poco estudiado y que informa como en 1596 se cede el monte a los monjes del convento para construir en él nueve ermitas que sumar a la ya existente de Nuestra Señora de Los Ángeles. Posteriormente, en 1725, el convento renunciaría a esta propiedad por ir en contra de su voto de pobreza. El origen del nombre de la Diputación de El Beal, a la que pertenece hoy el Monasterio, en la prohibición o veda impuesta en el siglo XVIII para recoger la grana o coscoja (Vedal de la Grana) a aquellos no autorizados, generalmente forasteros de otras provincias que recolectaban la grana para la industria de los tintes.

Interesante y también poco estudiada ha sido siempre la existencia en San Ginés de la Jara y el Monte Miral de un variado número de ermitaños, hombres libres, sin reglas, que a veces entraban en conflicto con la comunidad de monjes del Monasterio. ¿Significaba la recaudación de limosnas por los ermitaños menos ingresos para los frailes? También hubo un tiempo para romerías y fiestas. La romería es festiva, es un camino. Las ferias, lugar de encuentro y trueque de aquellos productos no habituales. La recreación histórica de los ataques berberiscos, el rapto de las doncellas, la intervención del Santo Ginés entre cristianos y musulmanes. Las fiestas de toros, con el posterior reparto de carne entre los presentes, lo violento y lo sagrado en total comunión.

Desde el punto de vista arqueológico nos hemos enterado de que en las excavaciones llevadas a cabo en 2007 aparecieron enterradas estructuras monumentales del siglo XV, que dan a entender la existencia de una parte del monasterio hoy desaparecida, así como, al profundizar en las catas, se ha llegado a estratos que confirman la existencia humana en lo que hoy es el monasterio desde el siglo II a. de C.

Dentro de los proyectos elaborados por la empresa Hansa Urbana, obligada por el proyecto de urbanización de la zona a la restauración del monasterio, se contempla la supresión de lo superfluo derivado de las últimas reformas llevadas a cabo en 1934 por don Manuel Burguete, su entonces propietario, sustituyendo la obra ya perdida por ligeras celosías que muestren la línea de visión que antiguamente tenía el monasterio, apuntando como posible destino del edificio restaurado un campus universitario o instalaciones municipales.

Al comienzo del tercer día otro de los primeros espadas de la etnografía asistentes al congreso, Salvador Rodríguez Becerra, habló de cómo desde la

iglesia cristiana, jerárquica y centralizada, la religiosidad popular es considerada como un desvío de la norma, una tendencia a corregir pero consentida, siendo las órdenes religiosas, sobre todo las mendicantes, los verdaderos formadores de la religiosidad popular y de sus símbolos. El buen cristiano no está ni dentro ni fuera, está donde está. En la religiosidad popular existen dos manifestaciones características, por un lado la promesa, un trato de tú a tú con la divinidad, te doy para que me des. Por otro lado el milagro, se espera lo que para la persona es imposible o insalvable, se acepta la existencia de un poder sobrenatural. Incluso algunas veces, generalmente en otras culturas, no está clara la diferencia entre magia y religiosidad.

La tarde del viernes, en la sede de la UNED y ante una nutrida asistencia, tuvo lugar, como acto previo al comienzo del curso sobre Ritos Funerarios, organizado por esta entidad, un acto solemne en el que se procedió a la clausura del III CONGRESO ETNOGRÁFICO DEL CAMPO DE CARTAGENA, rindiendo un cálido homenaje a ocho de los pioneros del estudio de la Etnografía en el Campo de Cartagena y Región de Murcia. Los homenajeados fueron:

Luis Álvarez Munárriz, catedrático de Antropología Social y Cultural, pionero de dicha disciplina en la UMU. Autor de *Historia antropológica de la ciudad de Murcia*. Coordinador de la publicación *Conciencia e identidad cultural en la Región de Murcia*.

Carlos Ferrándiz Araujo, doctor en Medicina y Cirugía, con una apreciada labor en el campo de la Medicina, la Etnografía, y la Antropología. Autor de 46 libros y 248 artículos, cuyo texto fundamental es *Medicina Popular en Cartagena* (1974), obra pionera en España sobre la folkmedicina.

Francisco J. Flores Arroyuelo, profesor de Filología y Etnografía en la UMU, discípulo de Julio Caro Baroja. Sus textos gozan de gran predicamento, siendo algunos de ellos: *El caballero, hombre y prototipo*, *El Diablo en España*, *Diccionario de creencias y supersticiones populares*, *El ocaso de la vida tradicional*, etcétera. Fue presidente de la Asociación de Flamenco de la Universidad de Murcia.

El Padre Javier Gómez Ortín, sacerdote franciscano, doctor en Filología con la tesis *El habla del Noreste de Murcia*. Profesor en institutos de Cehegín, Cartagena, Murcia y Alicante. Otras obras suyas son *Filologando*, *Vocabulario del Noroeste Murciano* y *Folklore del Noroeste Murciano*.

Antonino González Blanco, catedrático emérito de Historia Antigua en la UMU, maestro de arqueólogos, impulsor de los Congresos Etnográficos del Campo de Cartagena y fundador de la revista *Revista Murciana de Antropología*. Otro de sus logros ha sido la constitución de la asociación cultural Patrimonio siglo XXI para la defensa y divulgación de todo lo que tenemos en esta

Comunidad, iglesias, palacetes, casonas de campo, torres vigía, aljibes, almazaras, etcétera.

Francisco Henares Díaz, doctor en Literatura y profesor de Teología, de la que se doctora ahora en Roma. Ha publicado obras importantes sobre la historia de la literatura en Cartagena, la Cartagena del siglo XVIII, las procesiones de Semana Santa, así como uno de los mejores estudios realizados hasta la fecha sobre San Ginés de la Jara (1988). Es presidente del Congreso Etnográfico del Campo de Cartagena.

Manuel Luna Sampeiro, profesor de Antropología en la UCAM, etnomusicólogo y pionero del Folk. Ha apadrinado a diversos grupos musicales que hoy son referencia en el panorama de la música Folk, a la que también ha apoyado a través de programas de radio. Destaca su labor a favor de la Fiesta de las Cuadrillas de Barranda. Es presidente de Etnomurcia.

Andrés Nieto Conesa, médico pediatra, escritor y cronista oficial de Fuente Álamo. Ha publicado numerosos libros sobre la historia de La Aljorra, su localidad natal, y otros pueblos de la comarca y especialmente de la Villa de Fuente Álamo, de la que es Hijo Adoptivo.

Como conclusiones de este III Congreso Etnográfico destaca la gran importancia del patrimonio cultural tradicional del Campo de Cartagena, tanto material como inmaterial, y que la salvaguarda del mismo es compatible con la modernidad de un mundo globalizado y tecnológico, y que el monasterio de San Ginés de la Jara, con sus siglos de historia y su privilegiado enclave frente al Mar Menor y al pie del Monte Miral, es el paradigma de ello, símbolo de la memoria de todo lo que en este congreso se ha hablado, para cuya salvaguarda se pide la creación de un Centro de Estudios Tradicionales, un espacio universitario dedicado a la investigación y el estudio de la cultura tradicional de la comarca del Campo de Cartagena y de la Región de Murcia.

Pedro Esteban García
Comité organizador del Congreso Etnográfico